

DOCUMENTACION SOCIAL. N° 140. enero-marzo 2006
Comunicación y tercer sector

¿Redes de nudos o vacíos? Nuevas tecnologías y tejido social

Víctor Sampedro Blanco. Profesor Titular de la URJC, Madrid.

Este ensayo intenta analizar los usos que el tercer sector hace de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación (NTIC). Con cierto enfoque histórico, subrayo su progresivo control y los retos que comporta para el tejido social. A continuación examino la ambivalencia, los aspectos positivos y negativos de las NTIC, en un doble plano: primero, para la gestación de identidades y culturas emancipadoras; y segundo, para la movilización de los activistas y la intervención política. Contextualizo, finalmente, esta reflexión con el caso del 13-M, la movilización tecnopolítica más relevante (y también más marginada) hasta ahora en España. La desobediencia de las multitudes convocadas por Internet y telefonía móvil en la jornada de reflexión de las Elecciones Generales de 2004 arroja un balance pesimista; debido tanto a las limitaciones propias de las NTIC como al cerrado contexto institucional (medios y partidos convencionales) y a la anemia del tejido social, con más vacíos que nudos.

Comunicación alternativa: procesos de disciplinamiento e institucionalización.

La reflexión que propongo pretende abarcar al tercer sector, al tejido social o a los movimientos y las redes sociales; nociones todas que podrían englobarse en la de sociedad civil. Estos agentes comparten o dicen compartir, aunque con énfasis muy distinto, una perspectiva comunicativa con tres rasgos:

- a) no convencional (que, al menos, va en contra o que cuestiona el discurso dominante: el que reproducen o imponen los medios dominantes),
- b) no lucrativa (y, por tanto, ajena o crítica con la mercantilización de la comunicación y de las audiencias) y
- c) participativa (ofreciendo más vías de intervención y más directas para sus públicos).

Las limitaciones de espacio nos obligan a centrarnos en los medios propios del tejido social y, más en concreto, en los medios cibernéticos, telemáticos y digitales (términos intercambiables). En otros textos hemos evaluado las oportunidades y los riesgos de las estrategias de penetración en los medios convencionales¹. Con sus dispositivos

¹ Véanse los estudios sobre la visibilidad mediática de los movimientos de insumisión (SAMPEDRO BLANCO, V. 1997, *Debates sin Mordaza: Desobediencia Civil y Servicio Militar, 1970-1996*, Madrid, Boletín Oficial del Estado, Centro de Estudios Constitucionales); sobre las ONGs para el Desarrollo (SAMPEDRO BLANCO, V., JEREZ, A. y LOPEZ REY, J. 2002, “ONG, medios de comunicación y visibilidad pública. La ciudadanía ante la mediatización de los mensajes sociales” en REVILLA, M. (Ed.) *Las ONG y la política*, Istmo, Madrid.); sobre el movimiento de solidaridad internacional del 0,7% (Jerez, A. y Sampedro, V. 2004. “Visibilidad pública y tratamiento informativo del movimiento de cooperación al desarrollo (1992 – 2002)”. *Política y Sociedad*. Vol. 41. Núm.1, pp. 49-63); sobre las contracumbres del movimiento altermundista (JIMÉNEZ, M. y ALCALDE, J. 2003, “Seis meses de lucha. La construcción de la identidad pública del movimiento antiglobalización en la prensa durante la Presidencia Española de la UE”, en SAMPEDRO V. (ed.) *La pantalla de las identidades. Medios de comunicación, políticas y mercados de identidad*, Icaria, Barcelona, pp. 205-232); sobre las primeras protestas contra la Ley de Extranjería (CASERO, Andreu. 2003, “Sin papeles: La identidad de los inmigrantes en los medios de comunicación”, en SAMPEDRO, V.(ed.) *La pantalla de las identidades. Medios de comunicación, políticas y mercados de identidad*, Icaria, Barcelona, 2003, pp. 233-255); sobre la ocupación

telemáticos, una ONG, una Asociación Vecinal, un Colegio profesional, una organización ecologista o una red de apoyo a las víctimas del sistema carcelario, difunden temas y enfoques que, supuestamente, están ausentes en los grandes medios corporativos. A diferencia de estos, no persiguen, al menos como objetivo prioritario, dinero. Tampoco ofrecen cobertura favorable a los políticos a cambio de favores legislativos para una expansión multimedia o cargos administrativos para sus miembros. Además, supuestamente, establecen más intercambios e interacciones horizontales con sus públicos. Tres, por tanto, serían los principios de la comunicación propia de la sociedad civil:

a) Contenidos reformistas o radicales; emitidos, al menos con cierta independencia del Estado y el Mercado, a los que estas organizaciones intentan controlar; b) la autosostenibilidad, como casi único principio económico; y c) la interactividad con los públicos.

El abaratamiento de costes que implica la digitalización y la posibilidad de establecer un doble flujo entre emisores y receptores habría incrementado las posibilidades de establecer redes y flujos de información crítica, sostenibles con autonomía y participadas entre activistas, círculos próximos y público en general. Cada oleada de cambio social ha aprovechado las tecnologías comunicativas a su alcance, intentando aplicar esos tres principios. Y lo ha hecho siempre con una doble intención: alterar el status quo de la opinión pública y/o el reparto de poder político y económico. Por ejemplo, la imprenta de tipos móviles hizo posible la Reforma y la Ilustración. Al popularizar las ediciones de la Biblia en lenguas vernáculas, acabó facilitando su libre interpretación. Con el tiempo, la “libertad de conciencia” cuestionaría el monopolio real y eclesiástico sobre el debate público, quebrando la alianza entre Trono y Altar. Desde la Alta Edad Media se formaron en torno a ciertos impresores redes de resistencia y movimientos identitarios que se situaron al margen o en hostilidad abierta con los imperios, reinados, principados y el Papado. En su versión de “rebeldes primitivos” o “reformistas ilustrados”, los paralelismos con el actual movimiento global e Internet ya han sido señaladas e, incluso, noveladas².

Existen actores sociales con un enfoque comunicativo más expresivo, con medios que se centran en lo cultural y en lo identitario. Otros agentes de la sociedad civil tienen un carácter más instrumental. En su caso, usan los medios propios para cambiar, cuestionar, controlar o influir – según sea su radicalidad y fuerza – a quienes dirigen el Estado o el Mercado. Pero ambos objetivos se complementan. Una comunicación que promueva la acción colectiva tendría que lograr al menos tres fines:

a) crear una identidad común y antagonista, en torno a una situación que se define como injusta e identificando al responsable de la misma;
b) romper el consenso de que esa realidad es inmutable y
c) generar la conciencia colectiva de que existen posibilidades, recursos e individuos suficientes para alterarla, aquí y ahora³.

(ALCALDE, J. 2004 “La batalla de los medios. La definición de la problemática okupa en los medios de comunicación de masas” en ADELL, R. y MARTÍNEZ, M. (Coord.), *¿Dónde están las llaves?: El movimiento okupa. Prácticas y contextos sociales*, La Catarata, Madrid.) o sobre la Plataforma Nunca Más (SAMPEDRO BLANCO, V. 2004a, “Nunca Más: la marea, el dique y el búnker” en IBARRA, P. (ed.) *Anuario de movimientos sociales 2003*, Barcelona, Icaria, pp. 176-194. y SAMPEDRO, V. y LÓPEZ REY, J. A. (en imprenta), “*Nunca Más y la cara oculta de la esfera pública: la visibilidad mediática de un movimiento social en un contexto de control de la información*”).

² Véase la novela del colectivo Luther Blissett. 2000. *Q*. Barcelona: De Bolsillo.

Toda tecnología de la comunicación puede emplearse buscando estos tres objetivos o sus contrarios, que es lo que hacen los medios convencionales. La lógica corporativa de los grandes medios impone contenidos que diluyen lo colectivo en lo individual y lo estructural en lo anecdótico. Las agendas informativas convencionales transmiten que la realidad y las prioridades sociales cambian a ritmo de vértigo, ignorando o normalizando los desequilibrios e injusticias de fondo⁴. Y, por último, fomentan el consentimiento subrayando los costes de disentir y los beneficios de la aquiescencia y la sumisión⁵.

El control de la potencia emancipadora de las tecnologías comunicativas se produce por la doble vía del disciplinamiento de los usuarios y su institucionalización. La misma tecnología que ayudó a cuestionar el monopolio interpretativo de la Biblia en latín y la concesión de las bulas papales, difunde ahora, sobre todo, *best seller* de autoayuda. La imprenta que desafió a los confesores fomenta hoy el autoanálisis guiado por gurús laicos. Se ha experimentado un doble proceso, repetido en tecnologías comunicativas posteriores: el disciplinamiento social y la institucionalización de su control por los gestores del Estado y el Mercado. Para ilustrarlo de forma reduccionista: muy pocos autores o lectores escriben y leen para intervenir más allá de su esfera personal. Estamos disciplinados, en el sentido foucaultiano, para la exaltación de nuestro ego, para nuestra capacitación profesional o afectiva. Por ello, concebimos redactar o leer un libro como una inversión en nosotros mismos. La autoayuda y la transformación individual han suplantado el interés por el análisis y el cambio social. Hemos interiorizado la disciplina, las obligaciones y los deberes, de los inversionistas.⁶

Ningún Gran Hermano dicta los títulos que debemos leer, pues resulta patente la ausencia de canon o su carácter cambiante en una industria cultural orientada ante todo hacia el lucro. Las editoriales funcionan gracias a su imbricación en un entramado institucional más amplio. Apoyadas por políticas culturales cada vez más subordinadas a los intereses privados, distribuyen sus títulos en grandes cadenas de venta, y los hacen visibles (por tanto, deseables y adquiribles) en el flujo de los medios convencionales, que, a su vez, tienen intereses propios en el mercado editorial. Los manuales de autoayuda – casi siempre los primeros en las ventas de “no ficción” en España - resultan acordes con los proyectos políticos que recortan la asistencia social y hacen recaer las situaciones de carencias social en responsabilidades individuales. Encajan con las estrategias comerciales y de propaganda que apelan a la autoestima del comprador. Responden, en última instancia, al perfil del intelectual y del lector que han renunciado al compromiso público en aras de su “desarrollo” personal. De modo que casi cualquiera puede publicar un libro contra el consumo en tiempos navideños, más aún si es en versión electrónica. Lo difícil es que alguien se entere que existe, que se encuentre

³ Esta es la propuesta que se deriva del trabajo de William Gamson. 1992. *Talking Politics*. Nueva York: Cambridge Univ. Press.

⁴ Lance Bennett. 1988. *News. The politics of illusion*. Nueva York: Longman,

⁵ Parecen aplicar las palabras del Ministro de Cultura en la pieza “Rueda de Prensa”, de Harold Pinter: “Mientras que la disidencia quede entre cuatro paredes, para nosotros está bien, querrá decir que de cuando en cuando vamos a sacarlas debajo de la cama, las leemos y las discutimos con el autor, a quien, según el caso, le damos una palmada en la espalda o bien una patada en el culo o en los huevos; y luego con ellas, con las disidencias hacemos una buena hoguera. Es así que entendemos defender nuestra sociedad de las contaminaciones. Aunque siempre queda espacio para el arrepentimiento, las confesiones y los compromisos”. *Elgacena*, 22, 2003, p. 29 (Trad. Ángel Azmeketa).

⁶ Para una reflexión más amplia, que denuncia incluso la imbricación en el capitalismo de la cultura de auto-ayuda y auto-superación que en principio le resultan más hostiles, como el budismo, véase Slavoj Žižek, 2005. “Zen y capitalismo global”. *Letra Internacional*, 87, Madrid, pp. 68-75.

en las librerías... que haya alguien a quien regalárselo o, peor aún, alguien con quien comentarlo.

Esta reflexión nos empuja a admitir que, tarde o temprano, Internet y el resto de medios digitales también serán “controlados”, orientando sus funciones a satisfacer los intereses dominantes del Estado y el Mercado. Los usuarios serán disciplinados en el empleo “eficaz y eficiente” de las nuevas tecnologías, en términos culturales, sociales, económicos o políticos, en el ámbito personal (prioritario) y colectivo (prescindible). De hecho, ya está ocurriendo. Las iniciativas económicas contra el capitalismo, los proyectos políticos no electorales o las identidades no rentables para el mercado de los “estilos de vida”, apenas tienen visibilidad o eco en la Red. Menos aún, fuera de ella. Los flujos de capital especulativo superan con creces el tráfico cibernético del “comercio justo”. El vídeo de la FAES sobre “la participación etarra en el 11M” acapara mucha más atención de los cibernautas que la denuncia de la mentira oficial antes de las Elecciones de 2004. Más pronto que tarde, llegará el fin de la “crisis del control digital” que se evidenciaba con los ataques hacker contra el Pentágono o las reuniones de Davos, el absentismo o el sabotaje laboral gracias a la Red, los intercambios no lucrativos y la piratería, la inestabilidad de la e-economy... Muchas organizaciones sociales ni siquiera han aprovechado esa crisis. Se va a acabar la fiesta y hay quien ni siquiera ha bailado una pieza⁷.

¿Qué ventajas e inconvenientes ofrecen las nuevas tecnologías? A tenor de lo expuesto, obtenemos una conclusión provisional y, sin embargo, tajante. El balance está por hacerse, está haciéndose. Dependerá de si las organizaciones sociales generan prácticas comunicativas contra el disciplinamiento de los usuarios, que fomenten su autonomía. Al mismo tiempo, deben enfrentarse a los monopolios y las censuras o barreras de carácter estatal o corporativo. Las organizaciones sociales no pueden permitirse el lujo de inmiscuirse. Debieran popularizar las nuevas herramientas tecnológicas como instrumentos de acción social y democratizar las políticas de (tele)comunicación. Resulta obvio que una alfabetización telemática orientada al software libre fomenta prácticas tecnológicas más autónomas que la impartida en las aulas “donadas” por Microsoft. Es evidente que un marco legal contrario al control estatal y los oligopolios favorece una esfera pública más abierta, plural y competitiva. “Cuida la libertad y la verdad se cuidará a sí misma”, debiera ser la máxima de quienes pretenden, al menos, denunciar la mentira en la que se asienta toda explotación, toda política que no se entienda como “horizonte de solidaridad”⁸.

Si las organizaciones sociales abandonan estos dos frentes (el dominio institucional de las NTIC y el disciplinamiento de la población en determinados usos tecnológicos), estarán limitando de forma suicida el alcance de sus proyectos comunicativos. No podrán librar batallas contra la hegemonía ideológica que dicen combatir y resultarán inocuas en las luchas de poder en curso. Está ocurriendo. La escasez de organizaciones españolas que ponen a disposición de otros colectivos sus medios revela su carácter de trincheras particulares: en defensa de la organización, sus (algunos) miembros y sus fines (particulares). Abundan los proyectos precarios en recursos y equipos, por la falta de colaboración e integración entre los muchos existentes. Por otra parte, la exclusión del

⁷ Como invitación a ocupar la sala de baile antes de que nos desalojen, véase Sampedro, Víctor. 2006. “Ciberactivismo: Estrategias de futuro en clave de presente (sin olvidar el pasado)” En VV.AA. *Manual de ciber guerrilla*. Virus: Barcelona.

⁸ Richard Rorty. 2005. *Cuidar la libertad*. Madrid: Trotta.

tejido social en las leyes de comunicación o en los órganos de control de los medios públicos, ha sido ratificada, sin apenas escándalo, por una iniciativa tan elitista y publicitaria como el Comité de Sabios sobre Televisión. Cuatro ciudadanos fueron los únicos portavoces de la sociedad civil reconocidos (en realidad, antes designados a dedo y unilateralmente), por el Gobierno de R. Zapatero tras llegar al poder en 2004. Su cometido residía en asesorarle sobre el “nuevo” modelo televisivo. Como era de esperar, las propuestas de contenidos de los “sabios” partían de la minoría de edad de la audiencia; y, en buena lógica, se limitaron casi sólo al público infantil. Pareciera que los televidentes, incluidos los que son progenitores, no tuviesen “uso de razón” y hubiese que protegerlos, también a ellos, en lugar de darles voz.

Las posibilidades de las nuevas tecnologías no existen de forma abstracta y descontextualizada, ya que difieren según las condiciones del tejido social que las practica y de su contexto institucional. La farmacopea contra el sida arroja un balance bien distinto en España y en África, porque distintas son las costumbres sexuales con las que interfiere y distintas son las burocracias públicas que la aplican. La pandemia africana exige adaptar las prácticas médicas a las sexuales y librar la batalla contra el copyright de los retrovirales, a favor de los medicamentos genéricos. Pensar en la tecnología como *deus ex machina* del bien y el mal conduce, como no podía ser de otra forma, a teogonías absurdas. Oficiadas por los santones de turno, exaltan becerros de oro o demonios ya familiares. Los sueños de los integrados o las pesadillas de los apocalípticos son ahora determinismos tecnofílicos o tecnofóbicos. Como ensoñaciones, no soportan el mínimo contraste con la realidad. Pero resultan convenientes, porque exculpan al tejido social de su responsabilidad. Los “errores de comunicación” o “las condiciones técnicas desfavorables” tienden a esgrimirse como excusas, obviando así la confusión de objetivos, la pobreza de ideas y discurso.

Nudos y vacíos del 13-M

Ya que toda evaluación responde a un contexto determinado, consideraré la movilización tecnopolítica más relevante sucedida hasta ahora en España: el 13-M. Fue una auto-convocatoria social, seguida por multitudes ciudadanas que superaron con mucho al círculo convocante. El 13 de marzo de 2004, día de reflexión electoral, se produjeron marchas de desobedientes civiles (30.000 según los cálculos más conservadores) en casi todas las capitales de provincia. Denunciaban las mentiras y las medias verdades del Gobierno sobre los atentados del día 11. Los medios telemáticos ayudaron a superar el colapso de una esfera pública democrática, incapaz de cumplir con su primera función: identificar la mentira y sancionar en público a sus portavoces; máxime si se presentan a unas elecciones. Los periodistas y los políticos profesionales no se pusieron de acuerdo (ni entonces, ni siquiera después) en quien había matado a casi doscientas personas y herido a más de 1.500 familias. Era el primer atentado que Al Qaeda perpetraba en Europa y el más letal de todos los sufridos en España. Durante las 72 horas que precedieron al día de votación, el Gobierno y los medios afines primaron la autoría de ETA. Al comienzo, los principales grupos de la oposición y sus aliados mediáticos apoyaron al principio las tesis oficiales, sin contar con evidencias. Sólo cuando la población desafió la prohibición de manifestarse en la jornada de reflexión, el principal partido de la oposición denunció la estrategia gubernamental⁹.

⁹ Puede consultarse, Sampedro, Víctor. 2005 (ed.) *13-M: Multitudes on line*. Los libros de la catarata: Madrid.

En este acontecimiento jugaron un papel clave las nuevas tecnologías y un tejido social que ya estaba previamente movilizado. Internet permitió a los ciudadanos más activos superar el control estatal, accediendo a los medios de referencia extranjeros que, desde el comienzo, cuestionaban la versión dominante en España. La Red sirvió también de foro de debate y movilización para la protesta y el voto. La telefonía móvil llevó estos flujos de comunicación alternativa a la calle; literalmente, movilizó a la ciudadanía. La convocatoria de las protestas partió de un SMS, amplificado en las webs de contrainformación. Se extendió a través de redes de confianza, tejidas con las listas de correos y los directorios de los teléfonos móviles. Sus nodos eran usuarios que ya antes se habían autoconvocado para protestar contra la Guerra de Irak y las movilizaciones que le habían precedido. En resumen, el 13-M representa el momento de mayor impacto político de las nuevas tecnologías al alcance de la sociedad civil. Esta adoptó una estrategia no reactiva; tomó la iniciativa y alteró los discursos políticos en liza. En el momento cumbre de acudir a las urnas, fue la ciudadanía quien denunció *en público* la impostura de quienes gobernaban y la temeraria prudencia de la (supuesta) oposición que no les desenmascaraba.

Al hilo de este caso, podemos evaluar el impacto de las NTIC en sus dimensiones claves: el cultural (las identidades y prácticas sociales) y el político-económico (la asignación de recursos y el desarrollo de políticas públicas). De hecho, el 13-M ilustra tanto la potencia y los límites de la tecnopolítica, como los del tejido social y de la ciudadanía que la practicaron.

En el plano identitario y cultural, Internet o la telefonía móvil conllevan la ambivalencia propia de toda tecnología; al menos, de la que ha caracterizado a la Modernidad. Los altos hornos y las cadenas de montaje derivaron en los crematorios del III Reich. Las radiaciones de los tratamientos oncológicos son también causa de cáncer cuando proceden del uranio militar que se arroja sobre Irak desde hace varios años. También la comunicación digital facilita una libertad y una expansión desconocidas para las opiniones e identidades que uno quiera abrazar. Pero ello ocurre a costa de elementos tan importantes para la acción colectiva como la responsabilidad y el compromiso.

Cuando me conecto a Internet dispongo de un repertorio casi inagotable de esferas públicas. Podría adoptar roles y discursos tan distintos como los de un funcionario de la enseñanza pública, un consumidor (y también potencial proveedor) de servicios eróticos, un furibundo hincha deportivo, un activista social... todo ello en el plazo de unas horas y sin desplazarme; transitando por innumerables comunidades cibernéticas. Por tanto, las identidades virtuales se caracterizan por la fluidez, la libertad y la hibridación. Estas características resultan muy adecuadas a un tejido social que debiera ser transescalar; es decir, que debe contar con presencia e influencia tanto en el nivel local como en el global, ligando ambos contextos.

Las manifestaciones globales del 15 de febrero de 2003 contra la invasión de Irak, no podrían haberse convocado sin Internet. Gracias a este medio, millones de identidades múltiples y solapadas se congregaron en cada capital de provincia, ciudad o pueblo relevante de España... y del mundo. Más tarde, el 13-M tuvo como lema destacado: "Las bombas de Bagdad explotan en Madrid". En ambos momentos, las conexiones identitarias de una supuesta "sociedad civil global" cuestionaban el discurso antiterrorista del "conmigo o contra mí"; el etnocentrismo imperialista del "conflicto de

civilizaciones”. Impacto, pues, en las identidades hegemónicas y presión sobre los gestores de la política global.

Sin embargo, en las NTIC la independencia de la interacción personal, respecto de los espacios territoriales y las conversaciones cara a cara, fomenta la irresponsabilidad y la falta de compromiso. Pocos, una ínfima minoría, de los antibelicistas adoptaron el boicót económico o restringieron su consumo de hidrocarburos como respuesta a la ocupación de Irak. Si esta contradicción no bastase, podemos añadir otra sobre el 13-M. Las protestas fueron convocadas primero a través de un móvil y, luego, mediante páginas de contrainformación cercanas al activista que tuvo la iniciativa. Podría afirmarse que su sentido de la oportunidad política resultó tan innegable como irresponsable fue su comportamiento posterior. Dicho activista desdibujó tanto la identidad de los desobedientes como su impacto político.

La principal línea de ataque contra el 13-M fue la teoría de la conspiración que responsabilizaba a la oposición y a los medios “del PSOE” de su convocatoria. La desobediencia civil se transformaba así en un acto cobarde (porque sus protagonistas ocultaban su identidad) y oportunista (sacaron réditos electorales de la masacre). Los argumentos conspirativos han tenido numerosos portavoces mediáticos, aunque nunca hayan aportado un solo dato; sólo declaraciones de los gestores del PP. En parte ello se debe a que muy pocos manifestantes hicieron pública su identidad. El autor del SMS que inició el 13-M llegó a comparecer ante la emisora de radio acusada (sin pruebas) por el Gobierno de haber convocado las manifestaciones. Leyó el mensaje que convocó las protestas con voz distorsionada, como si se tratase de un delincuente o un testigo protegido. Sin duda, entre los radioyentes debió cundir la impresión de complicidad entre el medio y el activista y de que ambos tenían mucho que ocultar (además de su identidad).

La fragilidad política de las identidades virtuales a menudo se manifiesta en otro sentido. Los internautas pueden constatar que numerosas organizaciones sociales utilizan sus webs como mera pantalla corporativa. La falta de actualización de los contenidos se debe a que detrás de muchas webs sólo figuran los administradores, los webmasters encargados de tareas técnicas, No tienen capacidad para renovar contenidos y, menos aún, para activar la participación de otros usuarios. Este uso promocional busca investir a la organización de la misma áurea que las empresas de la e-economy. Su viabilidad es a medio (e, incluso, corto) plazo semejante: están condenadas a estallar como una burbuja en cuanto entren en contacto con la realidad.

En un plano abstracto las NTIC están permitiendo la creación de ámbitos de debate, esferas públicas antagónicas con aquellas que gestionan el poder político y económico. Estarían fomentando una pluralidad infinita de espacios sociales desde los que romper o hacer avanzar el consenso social, la opinión pública, hacia metas y territorios hasta ahora desconocidos. La versatilidad e interconexión entre esos espacios de debate resulta potencialmente ilimitada, de una riqueza y variedad insospechadas. Sin embargo, todo apunta a que son esferas que promueven más el disenso que el consenso. Es un hecho que la controversia y las facciones aumentan a medida que los internautas escogen (por rutina, falta de tiempo, creciente familiaridad...) sólo ciertos lugares de debate o información, cada vez más especializados y segmentados; compartidos muchas veces sólo con el puñado de activistas con los que ya se está de acuerdo. Se priman así

los usos tecnológicos que reafirman las posturas defendidas y las radicalizan hasta hacer imposible el diálogo (incluso entre discursos afines).

Un buen ejemplo de lo anterior, la virtualidad y la fragmentación que conllevan las NTIC, lo constituyen las controversias sobre el 13-M entre el propio tejido social. La teoría conspirativa fue denunciada en la prensa convencional de mayor circulación, gracias a la legitimidad académica del único estudio empírico publicado hasta el momento. Pero la actitud más frecuente, incluso en los medios acusados de haber convocado a los manifestantes, fue el silencio. Si a los publicistas del Partido Popular les interesaba propagar la conspiración, a los socialistas les convenía hacer olvidar que inicialmente acataron la versión gubernamental del 11-M. El 13-M, además, denunciaba la manifestación institucional que todos los medios y partidos convocaron para el día anterior y que, claramente, favorecía la apuesta electoral del PP. Ni siquiera a los periodistas de la oposición les convenía desmentir la idea que subyacía a las acusaciones del PP: que tenían la fuerza necesaria para derribar un gobierno convocando a la movilización. Este doble juego les permitía restañar su credibilidad, tras haberse evidenciado su grado de sumisión al poder¹⁰. En añadidura, los activistas que convocaron el 13-M se enzarzaron en debates internos y cruces de acusaciones; de muy escaso interés académico y nulo alcance social¹¹.

En resumen: a pesar de su cercanía ideológica, los integrantes del círculo convocante del 13-M no quisieron identificarse, rechazaron asumir la responsabilidad individual y la dimensión colectiva de su desobediencia. Cuando tomaron la palabra fue para reivindicar su protagonismo y saldar rencillas que, por fortuna, habían dejado de lado el día de las protestas. En suma, virtualidad, fragmentación, disenso e incapacidad para alterar la hegemonía de la esfera pública central, la formada por los partidos y los medios convencionales¹². La visibilidad de las manifestaciones convocadas por el Partido Popular tras perder el Gobierno (por la unidad española, la familia, la Constitución...), sin respuesta por quienes le denunciaron el 13-M, prueba que los medios telemáticos no convirtieron a la contrainformación y al tejido social en medios y actores cohesionados: no supieron/pudieron reivindicarse como tales ni mantener el pulso a los medios convencionales. La mejor prueba de que el 13-M no fue obra de la entonces oposición parlamentaria y ahora en el gobierno, ni de los medios de PRISA es su completa desaparición del discurso público. Apenas pasados dos años, nadie menciona aquellos sucesos, ni siquiera los activistas. ¿Será porque nadie puede reivindicarlos como propios y en exclusiva? Si las protestas nacieron de la periferia del sistema político-informativo (incluso después de haber afectado su núcleo, sus

¹⁰ El libro antes citado, Sampedro (2005), fue entregado-regalado a los directores de informativos de todas las televisiones generalistas y a la SER, dos semanas antes del primer “aniversario” del 14M. La esperanza de los autores era que emitiesen las imágenes censuradas hasta entonces, contenidas en un DVD que acompaña al libro. A pesar de las promesas de algunos periodistas (por ejemplo, Iñaki Gabilondo) de que se harían eco de las tesis y datos allí contenidos, el silencio fue total. Varios factores concurren en este bloqueo: a) la existencia de “trabajos de investigación” propios, que era necesario promocionar; b) fomentar el olvido de los errores profesionales y el entreguismo político en el que incurrieron tras el 11M y c) no desmentir, en el caso de los acusados de deslealtad con el PP, su supuesta capacidad para movilizar a las audiencias.

¹¹ La agria disputa sobre los capítulos elaborados por activistas en el libro antes citado (Sampedro, 2005, caps. 4 y 7) puede seguirse en <http://nodo50.org/multitudesonline>. Esta web recoge las críticas elogiosas publicadas en *Le Monde Diplomatique*, *El País* o *El Mundo*, mientras los textos más ácidos provienen de activistas con perfil académico.

¹² Para la definición de esfera pública central y periférica, puede verse Víctor Sampedro.2000. *Opinión pública y democracia deliberativa*. Madrid: Istmo.

contenidos y sus protagonistas en el momento electoral clave) dos años después siguen allí: en la periferia.

El balance de las NTIC debe completarse evaluando su incidencia como herramienta de presión e intervención política. Los argumentos señalados en el plano cultural, se repiten aquí. No cabe duda de la eficacia y la efectividad de las tecnologías digitales para coordinar ciertas movilizaciones. Sus ventajas son evidentes: rapidez, abaratamiento, deslocalización, descentralización, flexibilidad y personalización. Sin Internet y los móviles habría sido imposible el 13-M; de igual modo que no existirían las campañas y las contracumbres de alcance global, ni las acciones directas generalizadas en breve tiempo como forma de protesta episódica (los incendios de coches en Francia)... pero tampoco las acciones promocionales, que realizan numerosas organizaciones sociales para recabar fondos y socios, contando apenas con una página web, sin actividad ni presencia real. Una vez más, que la tecnología sea causa necesaria de estos procesos, no implica que sea causa suficiente.

Las ventajas tecnológicas se enfrentan también a desventajas difíciles de obviar. Si recapitulamos un poco, las identificaremos. Las nuevas tecnologías, tal como están institucionalizadas y tal como las usa la mayoría de la población, son proclives a fomentar la irresponsabilidad colectiva, el disenso o la mera autopromoción. Por tanto, la presión política que favorecen es puntual, esporádica, impredecible y de carácter fundamentalmente simbólico. Su virtualidad ha de entenderse también en negativo, como cualidad que expresa los serios problemas de encaje de las identidades y los mensajes que generan en el mapa de fuerzas sociopolíticas reales. De igual modo que los ligues por Internet suelen acabar pronto, el activismo cibernético suele tener un corto recorrido fuera de la pantalla. Y no se trata de una cuestión de tecnologías sino de falta de espacios de interacción, encuentro y compromiso. Los amores a distancia también conllevan más carga literaria que posibilidades de éxito matrimonial. Por ello la tecnopolítica de las multitudes resulta muy difícil de integrar en una estrategia política a medio y largo plazo. Sólo en contadas ocasiones (excepcionales, como las del 13-M), alterará los equilibrios de poder existentes. Más aún, si ocurre en un contexto como el español, desarrollará potencialidades que no podrá capitalizar un tejido social tan desarticulado, ni penetrarán una esfera pública institucional tan impermeabilizada (incluso hostil) ante la movilización y la protesta.

Cabría recordar que hablar de política nunca ha sido equiparable a hacer política. Suscribir manifiestos en Internet, subvertir la publicidad comercial con mensajes ingeniosos o redifundir convocatorias sin acudir a ellas no tiene demasiado sentido. Podría resultar que el principal efecto de la tecnopolítica se limitase a echar una firma digital, hacer gala de las habilidades técnicas y, de este modo, incrementar la factura de teléfono (al fin y al cabo, lo que cuenta para las compañías). Esto resulta aún más contradictorio en los activistas e intelectuales de las NTIC que, creyéndose vanguardias, ocupan la esfera pública con lenguajes opacos y disputas internas; en lugar de, primero, ampliar la esfera de debate e intervención política y, luego, compartirlas, repartiendo las herramientas políticas y comunicativas de las que disponen.

Porque resulta urgente recordar que, pasados dos años del 13-M, los responsables de aquel colapso de la esfera pública siguen todos en sus puestos. Ni un solo líder político, periodista o gestor de medios (ni siquiera de los públicos)... ni un solo responsable de los cuerpos de seguridad ha sido cesado ni ha dimitido *públicamente* por su actuación.

Los partidos y los medios no han logrado (querido) ponerse de acuerdo sobre lo que ocurrió, ni sobre los hechos o las responsabilidades más evidentes. Quien no admite la realidad difícilmente podrá gestionarla. Pero mientras el (anti)terrorismo y las víctimas son piezas angulares del enfrentamiento partidario, a nadie parece importarles aclarar los hechos. La Comisión parlamentaria del 11-M elaboró un informe de apenas 300 páginas, de las cuales no se consensuaron ni una mínima parte. Dicha Comisión cerró el mismo día que se aprobó la Ley de Matrimonios Homosexuales, coincidiendo con el Día del Orgullo Gay. Quedó claro para quien quiso verlo: la Love Parade ofrecía más réditos mediáticos y electorales que la desobediencia tecnopolítica de las multitudes.

Escribía Julian Barnes en *El loro de Flaubert* (aunque sin referencia con nada de lo aquí escrito) que una red podía verse de dos formas. La primera mirada identifica un conjunto de nudos entrelazados, capaces de abarcarlo todo, adaptándose y extendiéndose hasta el infinito. Esa es la metáfora ilusionante de la “sociedad red” que las NTIC ayudarían a tejer. Su antónimo es la Red como conjunto de vacíos apenas unidos por un hilo... y ahí estamos, con demasiados vacíos que llenar... y unos cuantos por abrir, para respirar.